

to; pero ya va adelante Capizucca; despues la marea, que no se habia tenido en cuenta, baja, los holandeses lo echan de ver con estupor, y los navíos que los han desembarcado en el dique cortan sus amarras y huyen, ó se inclinan de costado y encallan.—La mar los condena, exclama Alejandro.—Los más bravos holandeses prolongan una defensa sin esperanza.—«Y así fueron pasados á cuchillo todos los que quedaban á uno y otro lado de la brecha, y salgo garante de que se vengó bien la pérdida de los nuestros. La funcion habia durado de siete á ocho horas con gran obstinacion por una y otra parte.» El círculo se estrechó en torno de Amberes.

La noticia llegó tarde á la ciudad. Hohenlo abandona la sala del banquete y se oculta: el pueblo pasa de la violencia á la depresion; falta pan. Santa Aldegonda comprende que va á caer por segunda vez en poder de los españoles, pierde la serenidad como cuando era prisionero de Requesens, reniega otra vez de la causa de su país y procura su salvacion recurriendo á la clemencia del rey. Simple burgo-maestre de una ciudad sucumbiente, ofrece á Farnesio capitular por todo el país y entregar toda la Holanda con la ciudad hambrienta. Farnesio lo pone en relaciones con el presidente Richardot.

Richardot, del Franco Condado, es tolerante, inteligente, afable. Comprende la política de Farnesio y quisiera desarmar á los adversarios con la clemencia. Sabe que el convenio será respetado. Pero la defeccion de Santa Aldegonda no es fácil bajo la celosa vigilancia de los ministros reformados. Las primeras negociaciones son del 8 de junio, despues de nueve meses de hostilidades: Santa Aldegonda no puede sustraerse á los que lo espian ni ponerse de acuerdo para una cita secreta sino al cabo de ocho días; y todavía no halla el medio de evadirse y falta á la entrevista proyectada.—«No veo hacedero ponerme en camino,» escribe. Pero si teme á los tribunos envidiosos, no ménos teme incurrir en el desagrado de Farnesio, y se disculpa y justifica.—Richardot lo tranquiliza.—En pocas palabras, caballero; no tengais cuidado porque S. A. no está descontento de vos: los gobiernos populares están llenos de peligros y sentiria sobremanera que os ocurriera algun azar.

En fin, Santa Aldegonda obtiene permiso para pasar al campo español bajo la tutela de tres delegados del pueblo: deja que los tres

delegados asistan á su entrevista con Richardot; pero se guarda de hacerles saber que la misma noche será introducido cerca de Farnesio. Aquí se fia en su elocuencia y repite casi en los mismos términos los sofismas de su primera traicion: no hay salvacion posible para los rebeldes sino en la generosidad de Felipe II, la cual no es dudosa, porque tras la crueldad viene la clemencia, y los excesos de Tiberio hicieron prudente al buen Trajano, tambien español, y luégo á Antonino...

El hambre era el verdadero argumento. Amberes abrió sus puertas. Alejandro hizo su entrada, y una hermosa doncella le presentó las llaves de la ciudad, una de hierro y otra de oro puro, que el vencedor enlazó á su collar, al lado del Toison de oro.

Podía muy bien adornarse con aquel símbolo de una victoria debida á su genio. El correo que llevaba la noticia del suceso despertó á Felipe II. El rey se levantó y llamó á la puerta de su hija:—¡Amberes es nuestra!—le gritó.

II.—Expediciones de Leicester

«Preciso es decidirse inmediatamente: Santa Aldegonda ha prometido someter las provincias á Farnesio» (1). Hé aquí lo que escribía á los ministros de Isabel el agente inglés que les comunicaba la toma de Amberes. Por todas partes daban los protestantes gritos desesperados invocando á la reina de Inglaterra, «la hija única de Dios» (2). Su causa es defendida por los dos hombres de Estado Walsingham y Burleigh.

El enemigo más poderoso de Felipe II no era ciertamente el príncipe de Orange; era Burleigh. Habia nacido el año en que Carlos V fué elegido emperador, ha de morir el mismo año que Felipe II, y en esta larga carrera, si se mostró servil con todos sus señores y apóstata en todos sus cultos, tuvo á lo ménos el mérito de comprender que la fortuna de Inglaterra estaba ligada al triunfo de la Reforma. Simuló versatilidad para defender mejor sus principios, como igualmente fingió deferencias con todas las manías de su soberana, á fin de retenerla mejor en su política; mostróse flexible en su vida á fin de salvar la rigidez de sus ideas. Como Felipe, era prudente, cauteloso y lento; si se le echaba en cara una falta de buena fe, sabia contestar que su corazon no habia

(1) Gilpin to Walsingham, 23 agosto 1585.

(2) La frase es de Truchsess, el arzobispo desterrado de Colonia.

seguido á su mano. Con esto eligió hábilmente la hora de la toma de Amberes para alarmar el patriotismo de Isabel y le demuestra que salvar los Países Bajos es alejar de Lóndres á Felipe II.

Un cuerpo expedicionario inglés, al mando de sir John Norris, desembarca en Flesinghe; despues la reina dá á los holandeses, no sin dolor, y aun así á fines del año, su favorito Leicester. Con Leicester se embarcan la flor y nata de los cortesanos y todas las fuerzas militares de Inglaterra (1).

Leicester, como Matías y Francisco de Valois, fué recibido con regocijos y banquetes y reinó en medio de una pequeña corte de príncipes destronados: el pretendiente Antonio de Portugal, el elector de Colonia Truchsess, Mauricio de Orange. Tomóle el gusto de tal modo á las costumbres flamencas, que una vez, de sobremesa en Delft, se puso á hablar en alta voz de los derechos de su casa á la corona de Inglaterra. Despues aceptó la soberanía de las Provincias Unidas. «Me han obligado, escribía (2), á tomar la autoridad absoluta, habiéndome puesto en las manos todos los ejércitos y todos los poderes civiles.» A esta noticia la reina Isabel renegó *with great oaths* (3); se exasperó y estuvo entregada muchos días á su furor. Pero el culpable fué advertido á tiempo y no pensó ya más que en ablandar con sus bajezas á su terrible divinidad. «Davison, el enviado de V. M., le dijo, es quien me ha obligado á aceptar el poder.» Y vuelve á la gracia de la reina, y despues de haberse humillado tanto, tiene el consuelo de recibir cartas en que *la reina de la belleza* le llama *Sweet Robin*; pero está enemistado con Davison á quien ha acusado falsamente; con Norris, á quien deja sin refuerzos en medio de los ejércitos españoles, y sobre todo con los holandeses que le reprochan haber preso algunos miembros del consejo de los Estados que se le dieran por consejeros (4).

Entre tanto, Alejandro Farnesio tomaba á Grave y todas las ciudades del valle del Mosa. Dió luégo descanso á sus soldados llevándolos al electorado de Colonia á saquear algunos

pueblos á fin de recompensar su buen comportamiento en Brabante. «No se puede pasar la vida sin comer,» decia (5). Y luégo los trae súbito á las bocas del Issel para socorrer á Zutphen que intentaba cercar Leicester.

Densa niebla envuelve la ciudad y el ejército inglés el 2 de octubre de 1586 á las cinco de la tarde. Llega Farnesio secretamente y manda custodiar el convoy de provisiones á su caballería albanesa al mando del epirota Jorge Crescia. Oyendo las ruedas de los carros, uno de los jefes ingleses, Felipe Sidney, sospecha que un convoy entra en la plaza y se dirige resueltamente al ruido, encontrándose luégo entre el ejército de Farnesio y las tropas de salida que dirige Verdugo, el defensor de Zutphen: allí perdió la vida con quinientos ingleses.

Felipe Sidney era sobrino de Leicester y yerno de Walsingham (6). A juzgar por la seducción que ejerció sobre sus contemporáneos, habria que creer que estaba dotado de extraordinarios talentos: algunos polacos lo pidieron por rey; pero Isabel se negó á darle autorizacion para presentarse á la dieta. Sus hazañas se limitan á la conquista del castillo de la Perfecta Belleza, en un torneo, y á esta muerte oscura bajo los muros de Zutphen. Tambien ha dejado sonetos que se celebran más que se leen. ¡Curioso destino de un hombre superior que desaparece entre unos cuantos versos y una escaramuza!

Leicester levantó el sitio de Zutphen y se embarcó para Lóndres (7). Farnesio entonces se revuelve contra una invasion de mercenarios alemanes, que acaban de recibir cien mil florines de Isabel. Da cadenas de oro á los jefes é intimida á los soldados lo bastante para decidirlos á retirarse todos sin combatir. Despues de esto cae sobre Esclusa y la cerca (8): es el puerto que con Dunkerque y Amberes ha de encerrar los armamentos contra Inglaterra. Leicester se arranca precipitadamente á los consuelos que le prodigaba su soberana, reúne todas las fuerzas inglesas y viene á atacar las líneas españolas delante de Esclusa, pero es batido y se retira á Ostende, mientras Esclusa capitula (9).

Leicester pasa el resto del año 1587 prepa-

(1) Sobre la composicion de este ejército, Véase Ms. Arch. nac. K. 1564, piezas 19 y 21.

(2) Lodge, *Ilustraciones*, t. II, p. 324. Leicester to Shrewsbury. «They have inforced upon me the absolute government of their countreys as well in civill affairs as in warres, yielding into my hands the whole administration.»

(3) Dudley to Leicester, 11 febr. 1586. Véase Froude y Motley.

(4) Palma Cayet.

(5) Farnesio á Felipe II, 28 febrero 1586.

(6) Y ahijado de Felipe II.

(7) El 24 de nov. 1586.

(8) Esclusa ó Sluys, separado de Cadsand por el río Hetzwyn, parece haber sido un puerto importante en aquella época: los cambios del litoral han modificado su situacion.

(9) El 5 de agosto de 1587.

rándose para sorprender á Leiden; pero los que entraron en inteligencias con él son ejecutados por justicia. Enemistase luégo con los delegados de los Estados y sale en fin de Holanda odiado de todos sin distincion de nacionalidad y dejando á los jefes de los diversos destacamentos «en vísperas de manejar los puñales unos contra otros» (1).

Alejandro Farnesio acababa de heredar el ducado de Parma por muerte de su padre: Felipe II le manifestaba una confianza bastante excepcional para retirar la guarnicion española que la ciudad de Plasencia habia tenido durante todo el reinado de Octavio Farnesio. Príncipe soberano en Italia y señor absoluto en los Países Bajos, Alejandro Farnesio acababa de darse á conocer como el primer hombre de guerra de su tiempo.

El momento en que un hombre consuma la más señalada de sus hazañas es aquel en que comienzan sus faltas. Despues de los prodigios del sitio de Amberes y de las humillaciones

impuestas á Leicester, pareció como que temia Alejandro tentar de nuevo á la fortuna. Puede tambien creerse que los encantos de la hermosa Francelina no fueron extraños á esta apatía.

Francisca de Renty, llamada la hermosa Francelina, se habia casado en 1586 con Juan de Grave, baron de Inchy (2): su marido, su suegro (3), todos sus parientes obtuvieron empleos lucrativos, negocios de víveres, bienes confiscados (4). Pero hay que reconocer tambien que absorbían á Farnesio dos cuidados: las negociaciones con Isabel para simular una amistad que le cerrara los ojos sobre los preparativos de invasion, y el trazado de los caminos y canales que permitian concentrar rápidamente el ejército español hácia los puertos de Esclusa, Amberes y Dunkerque para embarcarlo en una escuadra. En efecto, Felipe II se decidía en aquel momento á ejecutar lo que venia meditando espacio de treinta años, la conquista de Inglaterra.

CAPÍTULO IX

LA ARMADA INVENCIBLE

1586—1588

PROYECTO DE INVASION CONTRA INGLATERRA.—EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.—
EL DUQUE DE MEDINA-SIDONIA.—PREPARATIVOS EN INGLATERRA.—LA BATALLA DE DIEZ DIAS.—
LOS VIENTOS Y LOS MARES.—EL DUELO EN ESPAÑA

I.—Proyecto de invasion contra Inglaterra

Felipe II, el rey prudente, no confiaba el cuidado de vengar sus afrentas ni al duque de Guisa ni aún á Alejandro Farnesio. Tenia en poco verdaderamente á la marina inglesa, que á su parecer (5) no podia armar más de cuarenta navíos, ni sus marineros tenian mucho crédito de valientes por la falsa opinion que suponía haber sido ellos los primeros que huyeron

(1) Palma Cayet. El 14 nov. 1587.

(2) Sobrino del Inchy que fué expulsado de Cambray por Francisco de Valois.

(3) El conde de Beaurieu que entregó la plaza de Breda á Alejandro en 1581.

(4) Las *Memorias de Champagney*, pág. 259, 293 y 294, hacen alusion á la influencia de esta mujer sobre Alejandro Farnesio.

(5) Cabrera, tom. I, p. 225.

ron del combate de San Miguel entre las dos escuadras de Santa Cruz y de Strozzi (6). Se ha visto que la escuadra inglesa, al contrario, no habia arribado aún á las Azores el día de la batalla; pero la idea de que se la habia derrotado inspiraba una presuncion que no desvanecian las hazañas de Hawkins y Drake. ¿Cómo habian de poder luchar contra la primera marina del mundo unos corsarios que saqueaban las ciudades indefensas ó los buques mercantes armados á la ligera? Los vencedores de Lepanto no se dignaban perseguirlos en todos los mares; era mejor exterminarlos en su propia guarida. Pero ya aquí no sentía Felipe II

(6) Cabrera, t. I, p. 225. «No eran tan bravos que no huyeran los primeros en la batalla que venció el marqués de Santa Cruz.»

tanta confianza. Habia vivido en Inglaterra bastante tiempo para poder apreciar el espíritu patriótico y presentir la obstinada resistencia de la nacion. Comprendió la necesidad de armar con paciencia contra la reina herética todas las fuerzas de la Europa catolica: devoró las afrentas, dejó entrar á saco sus colonias, robar sus galeones, despedir á su embajador, favorecer á los rebeldes de Holanda... sufrió todos los ultrajes con longanimidad.—El papa Sixto V, le escribía Olivares, su embajador en Roma (1), se resiste á creer que no prepareis la guerra, pues se mira aquí la venganza como el primer deber.

«Sin un puerto (en Holanda) no se puede hacer nada,» decia Felipe II (2), y se limitaba á fomentar la turbacion entre los ingleses, alentando los sueños del duque de Guisa y las conspiraciones de Mendoza, y á acumular silenciosamente inmensos armamentos en sus puertos esperando la hora propicia.

Alejandro Farnesio creía, como Felipe II, que bastaba salir de un puerto de la Mancha para desembarcar infaliblemente en Inglaterra. «Nunca, decia el rey (3), nunca la reina pudo armar más de cuarenta navíos; y cuando bien armase doscientos baxeles, son más aptos para el corso que para batalla real... ni tampoco se debía afirmar que sus atrevimientos son particular valor, pues que cuando presentaron la batalla al marqués de Santa Cruz en la isla de San Miguel, los primeros que huyeron fueron los navíos ingleses.» Si pues la reina acepta la lucha en la mar, «se tiene por la parte católica la victoria por segura;» si quiere defenderse á la vez por mar y por tierra, «es la peor resolucion,» como quiera que tendria que dividir sus fuerzas; si espera en tierra firme, «hago tomar el primer puerto que pudiesen y echar el ejército en tierra, advirtiendo que siempre habian de yr navíos de Flandes y de España con las cosas necesarias, sin pensamiento que hubiese

(1) 9 de setiembre 1586. «No creerlo en ninguna manera por la veneracion en que acá es tenida la venganza.»

(2) A Alejandro Farnesio, 29 diciembre 1585.

(3) El texto es citado por Herrera, t. III, p. 65. «Los primeros que huyeron fueron los navíos ingleses.» Creo que Cabrera ha copiado aquí simplemente á Herrera. La segunda parte de la historia de Cabrera no es más que una compilacion. A veces introduce en su narracion frases tomadas de antiguos autores que no tienen relacion ninguna con el asunto. Así, hablando Cabrera (tom. III, pág. 15) de los hombres que el marqués reclutó en los muelles de Sevilla para la segunda expedicion á las Azores, los califica así: «Viciosos, corrilleros, pendencieros, tahures, que hacen de las mujeres mundanas ganancia particular y se mueven por el humo de las viandas,» copiando esta frase de un manuscrito de Mendoza sobre la *Guerra de Granada*, donde se aplicaba á los voluntarios de Sevilla en la guerra contra los moriscos.

que temer de los enemigos despues de rotos.»

He aquí el plan de Farnesio. Pero el detalle en que más insiste es el que parece no haber comprendido Felipe II: repite sin embargo muchas veces Farnesio que el primer acto es desembarazar la mar, porque es el medio de asegurar la victoria al ejército de tierra. Aquí comienza ya el error: Farnesio no tiene la pretension de afrontar los navíos, aún tenidos en poco, de Drake y Hawkins con sus barcos chatos de los canales interiores de Holanda: que se despeje la Mancha y pasará. Pero no se encarga de asegurar la libertad de la mar. Una escuadra preparada en España debe ante todo procurar la seguridad en la Mancha y sus transportes desembarcarán en seguida el ejército, los cañones y los víveres en la costa inglesa. Fué la idea de Napoleon en el campo de Boloña: tenia buques para embarcar el grande ejército, pero la marina de guerra debía ántes asegurar el paso. Felipe II comprende que Farnesio podria con sus solos recursos operar una invasion en Inglaterra: está engañado en cuanto á la poca valía que concede al poder naval de Isabel; entiende que su escuadra de España será un refuerzo, mientras segun Farnesio, debe ser el primer cuerpo de ataque, el que abra el camino.

Este error se explica. El designio de Farnesio hubo de embrollarse en el espíritu del rey con la masa de discusiones, memorias, contra-proyectos en que fué envuelto. No se contenta Felipe con los consejos ó dictámenes de la Junta de noche; tambien interroga á Don Juan de Zúñiga que quiere casar al archiduque Alberto, cardenal y todo, con la reina Isabel (4); pide notas á Don Hernando de Toledo, el bastardo del duque de Alba (5), hombre algo sujeto á la cólera, grave, justo (6), que ha reemplazado á Requesens como comendador mayor de Castilla, pero que tiene tambien sus planes propios y recomienda la desconfianza respecto de Farnesio: Farnesio es un príncipe soberano y acaso pretenda ser rey de Inglaterra. Del Padre Santo hay que desconfiar tambien. «Al papa sacar promesa de ayuda sin declararle el tiempo por respeto del secreto, y porque quizá así prometerá más pensando que no ha de haber efecto.» Sixto V, sin embargo, no es aliado de desdeñar. Se sabe que no pára de acumular monedas de oro en el castillo de

(4) Gachard, *Corresp. de Felipe II*, t. II, Prólogo, p. 79.

(5) Herrera, t. III, p. 61.

(6) Cabrera, t. III, p. 247.